

# EL PAPA ADRIANO VI

Y EL

CAPTÁN GENERAL DE GUIPÚZCOA D. BELTRÁN DE LA CUEVA

DUQUE DE ALBURQUERQUE

---

## CRÍTICA DE UNA SUPUESTA CARTA

Los albores del siglo XVI sorprendieron a la dinastía de los Reyes de Navarra en la aguda y mortal crisis, que comprometió la libertad del antiquísimo y glorioso reino vascón, y en Julio de 1512 la ambición que latía debajo de la realeza católica del Rey Don Fernando de Castilla y Aragón, se asomó sobre las cumbres de la frontera navarra y ordenó se tomara a «fuerza lo que el Rey Don Juan de Navarra no quería dar de su voluntad». Echóse a volar sobre Navarra la especie de una muy discutible Bula pontificia de excomunión, y sea por una causa o por otra, motivo que no queremos indagar, la suerte de la mayor parte del Reino de Navarra quedó unida a la suerte del Reino unido de Castilla y Aragón. Los Reyes de la mixtificada rama vascona traspasaron el Pirineo, dejando atrás a los muchos y muy leales agramonteses que suspiraban por la restauración. El Pirineo, que antes constituía la elevada mira de defensa situada casi en el medio del Reino navarro, por un acto despótico quedó transformado en limite del pequeño Reino cis-pirineico, antes sexta merindad de Navarra, que los débiles monarcas de la dinastía de los Foix y Albrit lograron retener.

Más tarde, dos jóvenes capitanes, ambos de carácter caballeresco, señor cada uno de grandes estados, rivalizan en la pretensión a la corona imperial del antiguo Sacro Romano Imperio. Carlos I de Castilla, que logró ceñirla, hizo desgraciado a Francisco I de Francia, que salió

desairado en esta empresa, y se suscitó entre ambos monarcas, que reinaban aquende y allende el Reino navarro, aquella tan tenaz rivalidad que tanto se manifestó también antes en las guerras que asolaron la Italia en vida de sus antepasados, y que de nuevo iban a renovarse para llenar de horrores y de sangre todo el largo reinado de Carlos V el Emperador y Francisco I de Francia. Esta rivalidad y ruptura de amistad también sometió la cuestión navarra al fallo inevitable y brutal de la fuerza, porque Francisco I se declaró protector de Enrique, hijo del despojado Rey Don Juan de Navarra, y requirió e intimó a Carlos la restitución de Navarra, declarando que si no accedía a ello el tratado de Noyon quedaba roto.

En esas sangrientas luchas que la Historia registra en sus anales, hemos de replegarnos debajo de las murallas de la siempre valerosa Fuenterrabía, que por la unión *aeque* principal de Guipúzcoa y Castilla, se vió precisada a sostener con Castilla las luchas que éste mantuvo con Navarra, dándose el lastimoso espectáculo de que los brazos de hermanos de una misma raza se levantarán para pelear unos contra otros.

En 1521 el Reino de Navarra recibió una sacudida con la incursión del ejército del Rey Don Enrique, que capitaneaba el inexperto general Andrés de Foix, señor de Asparros. Su hueste consiguió recorrer como en triunfo todo el país, donde resonó de nuevo el grito de la restauración. Sin embargo, como para el cristianísimo Rey francés la cuestión del Reino libre de Navarra no era más que un episodio de la guerra contra Carlos V, no se preocupó en reponer en el trono de Pamplona a su aliado Don Enrique, y el arrogante y engreído señor de Asparros, que se hizo muy odioso en el país dominado, sufrió un muy duro castigo en los campos de Noain, cerca de Pamplona, a fines de 1521, donde fué batido y derrotado por el ejército que mandaba el duque de Alba, al cual estaban agregados los tercios guipuzcoanos, armados según Fuero.

Durante esta guerra, que también la extendieron a Guipúzcoa las huestes de Francisco, la ciudad de Fuenterrabía, después de resistir valerosamente tres asaltos de los soldados de Bonibet y después de sostener la ruda discordia que suscitaron los «defensores forasteros que daban prisa por la entrega, y amenazaban, que de lo contrario tomaría cada uno su determinación» (1), el esforzado jefe de los guipuz-

(1) Cfr. P. Moret: «Sitio de Fuenterrabía», lib. I.

coanos D. Diego de Vera, capitán práctico en muchas expediciones de Italia, capituló la plaza el día 18 de Octubre de 1521, y los franceses izaron en ella la bandera del Rey Don Enrique de Navarra, y a los Martín García Oñaz, de Loyola, hermano del futuro San Ignacio, Juan Ortiz de Gamboa, de Zarauz, Juan Pérez de Lizaur, Juan Pérez de Ugarte y a otros valerosos caballeros guipuzcoanos que vestían la roja banda del Rey Católico, sustituyeron en la defensa de la plaza guipuzcoana los agramonteses navarros de banda blanca del Cristianísimo Rey que, con Miguel de Jassu, señor de Xavier, hermano del futuro San Francisco, y con otros caudillos navarros se defendieron antes dentro de las fortalezas de Navarra. Todos sordos a los llamamientos de la misma sangre, emponzoñada con la gangrena de la discordia.

En este intermedio de la rendición de 18 de Octubre de 1521 hasta la nueva reconquista de 25 de Marzo de 1524 hicieronse famosos, y ocupan un distinguido lugar en los fastos de la gloriosa historia de Fuenterrabía los capitanes Azcue, de Fuenterrabía, y Ambulodi, de Irún. Ambos decididos y valerosos, que con sus astucias y sus gentes de guerra fueron el terror de los leales de Enrique de Navarra y de los soldados de Francisco I.

Refieren las historias que el general Lude, a cuyo cargo quedó el mando de Fuenterrabía, efectuó una salida con intento de quemar Irún y que a su encuentro salió el inquieto Azcue, que tenía organizado un Ayuntamiento y una milicia de 500 hombres en Lezo, en tiempos normales, *vecindad* de Fuenterrabía. Su compañía decidió disputar palmó a palmo el vado de Amute, que el francés tenía que atravesar, y dicen las historias que el astuto capitán retó a singular combate al viejo veterano Chanfarron, terrible, según cuentan los anales, cuando empuñaba su temible espada. La lucha debió ser tremenda y fiera, pero Azcue de un revés partió a Chanfarron *desde el hombro izquierdo hasta el anca*, y el fachendoso francés murió en Irún. Así nos lo dice un cantar vasco, que tiene su origen en ese hecho singular:

Monsieur Chanfarron, jaun andia,  
Irun-Uranzun datza illik ezarria.

Su compañero Ambulodi, no menos esforzado que el anterior, tampoco quedaba corto en abatir a las fuerzas del francés.

Los señores laburdinos de Saint-Pée y de Uturbie, obtuvieron en favor de Francisco I un cuerpo de *lanzknecht*. Este era el nombre que

se dió a los soldados alemanes mercenarios en tiempos de Maximiliano I. Refiere Belsunce en su «Histoire des Basques» (1), que el capitán Ambulodi, que no desconocía los movimientos de sus enemigos, avisó a D. Beltrán de la Cueva su intento de caer con sus hombres sobre el campo de los *lanzknecht*. El indicado capitán general de Guipuzcoa se agregó a la pequeña hueste fronteriza con sus presidiarios de San Sebastián, que era el nombre que se daba en aquella sazón a los soldados a sueldo del Rey. Dice el indicado historiador, y de ello se hace eco Pirala en su «Provincias Vascongadas» (2), que los alemanes se batieron tan esforzadamente contra las gentes de Ambulodi y soldados del duque de Albuquerque, que habiendo llegado los detalles de esta lucha a Roma, el Papa Adriano VI escribió al vencedor don Beltrán, solicitando el envío de los alemanes que cayeron prisioneros, pues el Papa quería formar con ellos su guardia personal pontificia (3). He aquí un detalle, notable y curioso, que de ser cierto, encumbra y ensalza a los soldados de D. Beltrán y a las gentes guipuzcoanas del capitán Ambulodi, todos ellos dignos rivales de los tan valientes y fieles *lanzknecht* alemanes, vencidos en tierras del Bidasoa.

Pero veamos si ese singular detalle puede resistir los embates de una serena y razonada crítica.

\*  
\* \* \*

La guardia personal del Papa, a la cual se refiere el vizconde historiador en la obra citada, no es otra que la fidelísima Guardia, conocida con el nombre de *Guardia Svizzera Pontificia*, Guardia Suiza Pontificia, cuyo glorioso historial venía redactando en 1906 el erudito profesor Durrer, archivero del cantón suizo de Unterwalden en colaboración con el marqués Patricio de Mac-Sweney.

No es fácil trazar un ligero cuadro de la situación extraordinariamente complicada de Italia, y en consecuencia de los Estados del Papa, al advenimiento de Julio II al Solio Pontificio en 1503. Era natural que en aquellas fatales circunstancias pensara el Papa en rodearse de

(1) Cfr. l. c., t. III, p. 463.

(2) Cfr. l. c., p. 250.

(3) «Lorsque les détails de ce combat parvinrent a Rome, le Pape Adrien écrivit a Bertrand pour lui demander en grâce l'envoi de ces braves et fidèles Allemands; il en voulait former la garde de sa persone. Le general guipuzcoan souscrivit a la prière du Saint Père avec toute courtosie». Belsunce. «Hist. des Basques». T. III, p. 463.

una guardia fiel, y para ello eligió a los suizos, que ya antes habían prestado sus servicios a la Santa Sede durante el Pontificado de Sixto IV. Pedro de Hertenstein, canónigo de Sitten, recibió del Papa Julio II el encargo de reclutar en los cantones de Suiza un cuerpo de voluntarios para formar una permanente guardia pontificia. La instancia del ilustre canónigo fué aprobada en la Dieta de Zuring en 9 de Septiembre de 1505, y en 22 de Enero de 1506 la pequeña tropa suiza, compuesta de ciento cincuenta hombres, hizo su entrada solemne en la ciudad de los Papas, al mando de Gaspar de Silinen.

Mateo de Schinner, célebre obispo de Sitten, a quien en 1508 sus relevantes méritos le elevaron al purpurado cardenato, fué durante toda su vida el principal e incansable intermediario de las varias alianzas celebradas entre la Santa Sede y Suiza, por una de las cuales los suizos, distinguidos con el honroso título de *Defensores de la libertad de la Iglesia*, se obligaron a dar al Papa, siempre que el Pontificado lo pidiera, un contingente de 6.000 combatientes.

Los muchos e importantes hechos de armas que desde su fundación ha llevado a efecto el valiente y fidelísimo cuerpo, que tanto llama la atención por su original uniforme, llenarían muchas páginas y su relación nos apartaría de nuestro intento. Por ello hemos de ceñirnos a los tiempos del Papa Adriano VI, para formar un juicio concreto acerca de la supuesta carta del indicado Pontífice al antes mencionado capitán general de Guipúzcoa.

\*  
\* \*

Realmente, algunos despreocupados historiadores han afirmado que el Pontífice Adriano VI, que fué elevado al Pontificado en 9 de Enero de 1522 y recibió la noticia de su exaltación en la casa llamada del Cordón, de la calle Cuchillería, de la ciudad alavesa de Vitoria, merced a la influencia preponderante de Carlos V, pensó licenciar la Guardia Suiza para formar en su lugar una Guardia de *lanzhnecht* alemanes; pero que la muerte, que le sorprendió en Octubre de 1523, le impidió llevar a efecto su resolución. Es una especie falsa y calumniosa propagada contra Adriano VI, que fué antes uno de los ayos y maestros de Carlos V y Gobernador de Castilla en su ausencia, con el propósito de ponerle sumiso y humillado a su antiguo augusto discípulo, en aquel entonces Emperador.

Claro está que en nuestra labor crítica de impugnar la existencia

de la antes mencionada carta, para nada nos ha de servir la obra de Jaffé, que recopiló las cartas atribuidas a los Romanos Pontífices, porque su recopilación llega hasta el Pontificado de Celestino III, y aunque esa tan importante obra fué luego continuada, en su nueva recopilación sólo abarca a los Pontífices del siglo XIII. Por la misma razón tampoco podemos hacer uso de la obra de Waterich.

El erudito clérigo historiador Agustín Theiner, en la primera etapa de su vida, celosísimo defensor de los prestigios del Papado, y que por su laboriosidad y asombrosa erudición llegó en 1850 a escalar en Roma el importantísimo cargo de Prefecto del Archivo Vaticano, de donde mereció ser arrojado en 1870, escribió el amplísimo «Codex Diplomaticus» de los dominios temporales de la Santa Sede. En él hallamos un solo documento de Adriano VI, que no hace ninguna referencia a nuestro caso, porque trata de unas capitulaciones celebradas con Alfonso, duque feudatario de Ferrara.

Baronio, de indiscutible autoridad en los anales eclesiásticos, tan solamente refiere que Adriano intervino, aunque inútilmente, en traer a concordia a los beligerantes Carlos y Francisco, y no habla del supuesto intento del Pontífice Adriano. Ni el cardenal Hergenroether, cuya obra histórica es de incalculable valor, ni la historia del eximio Pastor, que anota muchas particularidades de la Guardia Suiza, hacen ninguna referencia a la sustitución de dicho cuerpo por otra de Guardia de *lanzknecht*.

Nuestra estancia en el Pontificio Colegio Español de San José de Roma—y ya que le hemos citado, permítasenos saludarle con el dulce afecto propio de quien en él pisó los últimos años de sus estudios eclesiásticos, y con el dulce recuerdo de que el Eminentísimo Cardenal Merry del Val, que ilustra con su apellido materno el muy ilustre y muy limpio solar guipuzcoano de los Zulueta, prestó antes su ciencia y su celosa dirección espiritual, y presta ahora su eficaz protección y piadoso cariño a ese centro, que es gloria de España—, nuestra estancia, repetimos, en el Pontificio Colegio Español de Roma, nos dió ocasión para consultar la labor inédita del marqués de Mac-Sweeney, quien en los años en que su espíritu no fué agitado en los senderos, que motivaron su exhoneración de todos los honoríficos cargos que desempeñó en la corte pontificia, despolvó los legajos y mamotretos que referentes a la Guardia Suiza se conservan en los Archivos del Vaticano.

El mencionado marqués, en aquella sazón Camarero de Capa y

Espada de Su Santidad el Papa Pío X, halló en los Archivos pontificios un documento en el cual, poco después de la coronación del Pontífice, todo el Colegio Cardenalicio recomendaba al Papa Adriano a la Guardia Suiza Pontificia, que había prestado excelentes servicios desde su fundación en 1506.

De otro documento de la misma época, que es copia de un escrito que los embajadores de Venecia mandaron a su República, se infiere que Adriano VI cambió el uniforme de su Guardia Suiza, arreglando la nueva indumentaria según los colores heráldicos de su blasón pontificio, por cuanto refieren los venecianos que a su entrada en Roma fueron recibidos por unos guardias uniformados con los colores tomados del escudo del Papa, que eran amarillo, blanco, verde y negro.

Durante el Pontificado de Adriano VI la Guardia Suiza no sufrió otra mutación, ni en los Archivos del Vaticano aparecen indicios de que se quiso hacer ninguna otra reforma en este muy breve Pontificado.

La única vez que los alemanes han servido a la Santa Sede en calidad de Guardia personal del Papa, fué después del tristemente célebre asalto de Roma de 1527, en el cual murieron todos los Guardias Suizos, menos doce, que lograron salvar sus vidas en aquella vandálica hazaña del condestable Borbón.

Si con algún fundamento se puede atribuir el intento de no sólo sustituir, sino también el de deshacer toda Guardia personal, es al Papa Marcelo II, que sucedió a Julio III en 1555.

Con estos antecedentes parece que podemos no sólo dudar, sino también negar la existencia de la curiosísima carta que el vizconde Belsunce indica en su «Histoire des Basques», al referir que el Pontífice Adriano VI solicitó de D. Beltrán de la Cueva el envío de los *lanzknecht* derrotados en las márgenes del Bidasoa en Julio de 1522, mientras el anciano Franget, que sucedió en el mando de Fuenterrabía á Lude, se hallaba en la plaza murada conjuntamente con don Pedro de Navarra, hijo del otro también D. Pedro de Navarra, decidido agramontés que murió en la prisión de Simancas, y con los nobles varones navarros D. Miguel de Jassu, señor de Xavier, Johan de Azpillicueta, el capitán Valentín Jassu, Bertol de Bayo, Víctor de Mauléon, el capitán Petri Santz y Martín de Goñi y otros que defendían con tesón la bandera de Navarra, que sirvió de mortaja a la dinastía de los Albrit.